

Cuando cantó el gallo, la luna aún no se había despedido del mundo, y ya bajaba con la mejilla arrebolada en vísperas de estar llena. Una nube fina y alargada la atravesaba despacio, estirándose como el nombre con que se llama a alguien. Cambió el aire, como si a poco más de un kilómetro se hubiese abierto de golpe una puerta de madera, y de pronto un olor más cálido que húmedo, un olor a río en estiaje, ascendió pegado a la arcilla de las lomas que se alzaban sumidas aún en la oscuridad.

Apareció entonces una casa en la cresta de la colina, como el reloj de plata de un anciano que asoma una vez más del bolsillo del chaleco. Saltó un perro de donde se había tumbado a dormir como un tronco, y se puso a ladrar como si saludase el día, como si no fuese a callar nunca.

Una niña chica salió entonces como un rayo de la casa. Bajó casi a gatas las escaleras y echó a correr por la parcela con los brazos abiertos, tropezando con los macizos de flores aún descoloridos como rostros pálidos, tocando uno por uno, a la carrera, los cuatro árboles grandes que jalonaban las cuatro esquinas del terreno, tocando el pilar de la cancela, el brocal del pozo, la pajarera, el poste de la campana, un

asiento hecho de troncos, un columpio colgado de un árbol y, dando la vuelta a la casa, hizo uso de todas sus fuerzas para dar la vuelta a un cajón grande, de madera, con lo que dejó salir en tropel a las gallinas blancas, de la raza Plymouth Rock, que se esparcieron por el mundo. Las gallinas se atropellaron veloces por delante de la niña, tras la cual apareció una jovencita en camisón. Le bailaba en torno a la cabeza un círculo de rulos para el pelo, de papel, más claros que la luz del alba, pero ella corría segura, de puntillas, como si creyera que nadie podía verla en esos instantes. Cogió a la niña chica en brazos y se la llevó dentro de la casa sin que la niña dejara de patear en el aire como si por piernas tuviera las aspas de un molino.

La más lejana de las lomas, como la lengua de un ternero, dejó un cárdeno lametazo en el cielo. En los bancos de bruma, los eriales, las arboledas y los trechos de arcilla pelada, palpitaba la vida como en los rescoldos aún prendidos, entre el rosa y el azul. Un espejo colgado en el interior del porche comenzó a titilar a la vez que se prendían algunos fósforos en la cocina. De súbito, los dos árboles del paraíso que medraban al fondo del jardín se encendieron como dos gallos que se pavoneasen levantando la cola de oro. Las babas de las orugas relucían en el árbol del pecán. Una sombra se abultaba bajo la copa, con una forma tan familiar como el Arca de Noé: un autobús escolar.

Entonces, como si algo se descolgase del cielo, todo el techo de chapa de la casa se tiñó de un nuevo azul. Los postes del porche suavemente florecieron en línea descendente, como si se fuesen trazando rayas de tiza, bajando de una en una en la pizarra todavía brumosa. La casa se fue revelando como si se encontrase allí y surgiera del puro recuerdo, recortada sobre un cielo ya sin luna. En lo que dura un respiro todo permaneció libre del menor atisbo de sombra, como si se hallase bajo la mano que levantara un velo, y entonces se vio un pasadizo que atravesaba la casa, justo por el centro de la construcción, y en el arranque del pasadizo, en el centro del salón de entrada, se reveló la presencia de una figura, una muy anciana señora sentada en una mecedora, con la cabeza ladeada, como si estuviera ansiosa de que alguien la viera.

La luz del domingo se derramó entonces a raudales sobre la granja con la misma rapidez con que se escabullían las gallinas. El primer haz de luz plana, sólida como una vara de avellano, se posó de inmediato sobre las lomas.

La señorita Beulah Renfro salió por el pasadizo al trote y clamó con esa voz de alarma que era su voz de siempre al elogiar a los demás.

—¡Abuela! ¿Cómo puede ser eso? ¡Ya de pie, vestida y arreglada y esperando a que lleguen, y todo lo has hecho tú solita! ¿Cómo no me has dado una voz para que te ayudara?

Esta nieta de la anciana señora andaba por los cuarenta y muchos, y era alta, huesuda, de movimientos impacientes, con una piel luminosa y restregada que se le estiraba al máximo de su finura y de su tonalidad sonrosada por encima del semblante alargado y parlanchín. Sobre los pómulos marcados sobresalían unos ojos azules como las piedras preciosas. Arrojó a la anciana señora con enorme delicadeza entre sus brazos y la besó en la boca.

—¡Y la tarta de cumpleaños ya ha salido del horno! —exclamó.

—Sí, todavía no he perdido el olfato —dijo la abuela.

La señorita Beulah dio un grito que resonó como la campana que se toca para llamar a la cena:

—¡Venid, niñas!

Sus tres hijas respondieron a la llamada. Las chicas de Renfro salieron corriendo del pasadizo, todavía en sombras: Ella Fay, de dieciséis años, la única que tiraba a regordeta; Etoyle, de nueve, olorosa aún a las vacas y a la leche ordeñada temprano; Elvie, de siete, que era la aguadora de este verano, con el pozal en la mano y lista para partir. Se pusieron en fila y plantaron una por una un beso en la mejilla acalorada de la abuela, un beso veloz como una picadura.

—Feliz cumpleaños, abuela —dijeron las tres al mismo tiempo.

—Tengo la esperanza de ver a todos mis nietos, a todos mis biznietos y a todos los tataranietos que me quieran traer, y cuento con verlos bien pronto —dijo la abuela—. Hoy cumplo cien años.

—Tú no le lleves la contraria —ordenó la señorita Beulah cuando Etoyle abrió la boca—. Ah, abuela, te vas a llevar el mejor regalo del mundo, la alegría de tu vida vuelve a casa... —La abuela asintió.

—¿Verdad que valdrá la pena la espera? —gritó la señorita Beulah. Y dio unas palmaditas sobre la mano temblorosa de la anciana.

En la tierra sin regar apenas medraban a pesar de todo algunas flores. Las cannas daban la vuelta a la casa por uno y otro lado en doble fila, como los muros de Jericó; las flores exhibían los colores preferidos de la señorita Beulah, colores de los que no toleran la sombra. Subían como cohetes los dondiegos de día amarrados hasta los cantos superiores del porche, y a lo largo de la entrada, colgadas de cestos sujetos al alero del tejado, las hojas verdes y estrelladas de los helechos. Los tramos de tubería de cemento que había al pie de la escalera rebosaban de verbena de hojas finas como el encaje. Por el lado de la parcela que daba al prado se alineaba una larga hilera de montbretias de un naranja resplandeciente, y en las corolas los colibríes sorbían el néctar como si no tocaran siquiera la flor. La salvia roja, la espadaña amarillenta y el cordón de cardenal se apiñaban en un arriate poco mayor que una bañera; una mata de hibisco tenía las flores abiertas de arriba abajo, rosadas como las mejillas de las niñas. Los grandes árboles del paraíso, a uno y otro lado de la cancela, aún parecían mayores a causa de las cornamentas plateadas de las ramas muertas durante el año anterior, que irradiaban en medio del verdor de la copa. El camino que conducía a la granja se internaba entre uno y otro, hasta ir a desembocar en el jardín de la entrada. Se alargaba entre uno y otro con el color de la palma de una mano, y con muchas más líneas y grietas y mayor desnudez.

—Podría venir ahora mismo —dijo la abuela.

—Pues entonces a ver si me desayunas deprisa y estás lista para cuando llegue —dijo la señorita Beulah.

La abuela se mecía hasta ponerse en pie y, tratando de apartar la ayuda que se le ofrecía, se encaminó por el pasadizo. La señorita Beulah se mantuvo tras ella sin llegar a tocarla, como si los hombros menudos y endebles que se encorvaban y temblaban delante de ella tuvieran la fragilidad de las alas de una mariposa, aunque al tiempo la enmarcaba con ambos brazos. Las seguían las niñas, avanzando a saltos para compensar la lentitud del paso.

El benjamín de la familia, Vaughn Renfro, que había terminado de ocuparse de lo que nadie más que él se podía ocupar aún, de atrapar y matar al gallo que se había escapado, y de recoger el resto del gallinero, dejó el hacha en su sitio. Subió los escalones del porche y se lavó en la jofaina que había junto a la mesa. Tomando de nuevo el trapo que hacía las veces de toalla, limpió el polvo reciente que cubría el espejo, dejándolo de un color tan delicado como el jugo de una sandía en una fuente recién limpia, y se miró la cara. No hacía mucho que había cumplido doce años.

Entró dando pisotones detrás de las niñas y de las mujeres.

A lo lejos se había disipado del todo la bruma debida al calor reinante, pero el pasadizo por el que acababan de internarse estaba tan luminoso como el ojo de una aguja. Al otro extremo, el cielo. La casa no era sino lo que parecía, un conjunto formado por dos edificios en uno. La segunda edificación se había construido junto a la original —todo ello tiempo atrás— y el suelo del espacio que mediaba entre ambas se había cubierto, tal como se había retechado, sin que aún se hubiera cerrado por uno y otro extremo. El pasadizo, en el que se encontraba el viejo telar de la abuela sin que nadie lo molestase y a nadie estorbase, era de una anchura algo mayor que las estancias que se abrían a un lado y al otro. Los troncos de ambos edificios se habían encajado herméticamente usando arcilla y restos de caliza, en algunos trechos reforzados por tablones de cedro que el tiempo y la intemperie habían vuelto de un tono casi rosáceo. Las chimeneas se alzaban por ambos lados, a los extremos de la casa. Los porches recorrían toda la anchura de la casa, por delante y por detrás, y al socaire del alero los seis esbeltos porches del frontero se hallaban espaciados a cada metro y medio, calculado a ojo de un muy buen cubero. Los clavos que afianzaban los maderos eran cuadrados como la uña del pulgar y asomaban entre las juntas; en los postes, la veta de la madera era rugosa al tacto. Las hechuras de la casa nunca se habían ocultado al aire del Mississippi, que en este primer domingo de agosto, y a esta hora, aún era suave como la leche.

Cuando la abuela, la señorita Beulah y las niñas ocuparon sus asientos en la mesa de la cocina, llegó el señor Renfro a sentarse con ellas. Era más bajo que la señorita Beulah, su mujer, y caminaba con una especie de cojera que parecía imprimir una rara reverencia a cada uno de sus pasos. Se acercó a la mesa e hizo una inclinación de cabeza ante la abuela, su esposa y sus hijas, inclinándose con reverencia ante el día. Ocupó su sitio en una de las cabeceras.

—¿Y esta, dónde se habrá metido? —preguntó la señorita Beulah.

Las tres hermanas pequeñas alzaron la voz al unísono para llamar a la impuntual.

—¡Glo-ri-a! ¡Hermana Gloria!

Desde la salita de la entrada llegó una dulce voz.

—Ahora mismo estamos ocupadas. Adelante, no nos esperéis para desayunar.

—Pues en tal caso, bendice la mesa a la velocidad del rayo, señor Renfro —le dijo la señorita Beulah a su marido—. Que a los demás nos queda un ciento de cosas por hacer.

Todos inclinaron la cabeza. El señor Renfro la tenía calva, bronceada por el sol, marcada por venillas abultadas que formaban por ambos lados el mismo dibujo, como el caparazón de una tortuga de tierra. La de Vaughn era de un rosa argentino, afeitada del todo a fin de no pasar calor, y las orejas le sobresalían como dos asas por las que se le pudiera sujetar y sacudirlo. La señorita Beulah y sus tres hijas se peinaban todas el cabello para atrás, con raya al medio, y lo llevaban pegado a la piel y formando sendas trenzas. La señorita Beulah se sujetaba las suyas tan rectas como una vía de ferrocarril alrededor de la cabeza. Las tenía negras como el alquitrán y se las fijaba con los mismos pasadores que llevaba cuando se casó, ahora brillantes como una moneda de diez centavos. Las chicas se peinaban las trenzas formando guirnaldas tan prietas que les duraban así hasta la hora de acostarse. Elvie tenía el cabello aún tan claro como una alubia rubia, a Etoyle ya se le oscurecía por mechones, mientras que el de Ella Fay era tan negro como las alas de un cuervo. Las trenzas que gustaba la abuela ya no le daban para formar un círculo completo en la cabeza;

así que se las sujetaba a la nuca en dos nudos tan apretados como los puños cerrados de un bebé.

Tras decir amén, el señor Renfro se adelantó para dar a la abuela su beso de cumpleaños.

—Oiga joven —dijo ella—, tiene fría la nariz.

La señorita Beulah se apresuró a servirles.

—¡Y ahora a comer todos en menos que canta un gallo! ¡No sea que nos sorprendan en la mesa!

—¿Quiénes serán los primeros en llegar? —aventuró Ella Fay.

—Yo diría que el tío Homer llegará el último, porque contamos con que traiga el hielo junto con tía Fay —dijo Etoyle.

—Pues para mí que el último será el hermano Bethune, porque hoy tendrá que calzarse los zapatos del abuelo —dijo Elvie con una mirada de búho que le llenaba la carita delgada.

Todos miraron al punto a la abuela, que estaba ocupada lamiendo el sirope de su cucharilla.

—Seguro que el último será el tío Nathan —dijo Ella Fay—. Viene a pie.

—Y por el camino vendrá haciendo las labores que el Señor quiere ver hechas —dijo la señorita Beulah desde la cocina—. Pero ese nunca nos ha fallado. Es el primogénito de la abuela.

—El último será Jack.

—¿Quién ha dicho eso? ¿Quién ha dicho que el mayor de mis hijos será el último en llegar?

La señorita Beulah se volvió en redondo desde la cocina y echó a caminar a paso veloz hacia la mesa, dando la vuelta a la misma y levantando la cafetera de loza, de granito, con un perfil que recordaba tanto al suyo como al de George Washington, y lanzando miradas a cada uno de los integrantes de la familia antes de servir las tazas con gran pericia y velocidad.

—Ha sido Vaughn —dijo Etoyle con una sonrisa.

—Vaughn Renfro, ¿acaso se te ha metido en la cabeza llevarle la contraria a todo el mundo hoy precisamente? ¿No podía haber sido cualquier otro día? —clamó la señorita Beulah, sirviéndole un chorro de café en la taza.

—Jack es el que tiene que venir desde más lejos. Siempre y cuando logre ponerse en marcha —dijo Vaughn con voz terca, pero todavía sin hacer, aflautada.

Ettoyle rió.

—¿Y tú qué sabes lo lejos que está, eh? ¡Si no has salido de Banner en tu vida!

A Vaughn de pronto se le extravió la mirada.

—¡Pero he ido a la escuela! ¡He visto un mapa del mundo!

—Pura filfa. Mi chico llegará hoy de donde quiera que tenga que llegar —dijo la señorita Beulah subiendo la voz—. Sabe perfectamente quién le está esperando.

La abuela, con la cucharilla ante los labios, hizo una larga pausa y asintió.

—En cuanto a ti, señor Renfro... —exclamó la señorita Beulah—. Si sigues poniendo esa cara cuando te sientas a la mesa, que parece que el mundo se fuese a terminar hoy mismo, es posible que todos los que vienen se vuelvan sobre sus pasos y se larguen a sus casas sin haber llegado siquiera a la puerta.

En ese momento aumentaron los ladridos del perrillo, Sid, multiplicándose por veinte con el atronar de los perros pastores y el aullido cortante de los sabuesos. Ella Fay, Ettoyle y Elvie salieron corriendo por el pasadizo, adelantándose a todo el mundo.

Las tres niñas se alinearon al filo del porche y ya antes de ver que nadie llegase comenzaron a saludar agitando los brazos. Los vestidos de las tres, hechos de la misma tela de algodón sencilla y estampada, cubiertos por dibujos de Robin Hood y sus felices compinches con arco y con flechas, se hallaban en tres grados distintos de luminosidad; la mayor llevaba el más bueno. Estaban limpiísimos, duros como tablones de tanto almidón que les habían puesto, el borde de las mangas apretado en los brazos, tan afilados los frunces como unos dientecillos.

Avanzaba por una de las lomas, descendiendo por la falda, una polvareda como una pared del color del cobre. La provocaba un viejo sedán Chevrolet de diez años de antigüedad, reconvertido en camioneta tras arrancarle el asiento posterior y los cristales de las

ventanas. Llegó bamboleándose hasta la entrada, con un pasajero subido en el estribo que agitaba en la mano un guante de béisbol. El interior iba lleno de rostros emocionados, algunos de perros, con un cargamento de cestas de tomates sujetas en la baca, en el capó, en los guardabarros, cada una de las cestas repleta de pirámides de melocotones rojos y amarillos. Con los perros del jardín y los perros del coche ladrando todos a un tiempo, la camioneta rebotó por los baches de la entrada hasta el árbol del pecán y se detuvo detrás del autobús escolar, y una vez allí fue alcanzado por la polvareda que había ido levantando.

El tío Curtis Beecham, el segundo de los hermanos de la señorita Beulah, descendió por la portezuela del conductor. Se agachó al pisar el suelo y luego se estiró cuan alto era, con los hombros a la altura de las cestas de melocotones. A su espalda, el tropel de sus hijos y los saltarines hijos de sus hijos, acompañados todos de sus mujeres, salieron corriendo unos tras otros, los perros lanzados como flechas a los cuatro rincones de la granja.

Las hermanas Renfro, antes que nada, se ocuparon de ir a recoger las cestas del tío Curtis y asomaron todas la punta de la lengua entre los labios para darle las gracias.

—¡Vaya, tejado nuevo! ¡Habéis puesto un tejado nuevo! —gritó el tío Curtis a su hermana, la señorita Beulah, como si no se lo pudiera creer.

—¡Jack está de vuelta a casa! —dijo ella con un alarido—. ¡Hoy llega el mayor de mis chicos!

—Un tejado más sólido que un bidón —dijo el señor Renfro, que se encontraba en el porche con la señorita Beulah y con la abuela—. Más vale que lo sea.

—Ah, yo no te culpo de nada —protestó la tía Beck. Subió los peldaños por el mismo sitio que el tío Curtis. Su rostro, sonrosado y sencillo, era como la insignia misma de la confianza. Sobre el cuero cabelludo, también sonrosado, se esparcía una gran profusión de rizos minúsculos de color cremoso, como las estrellas de las clematis.

—Y habéis traído vuestro pastel de pollo —dijo la señorita Beulah, tomando de sus manos la tartera cubierta por un mantel.

—Pues justamente lo hice pensando en Jack —dijo tía Beck—. Si le preparo mi estupendo pastel de pollo, pensé, seguro que viene, por muchos kilómetros polvorientos que tenga que recorrer.

Tanto ella como el tío Curtis eran miembros de la Comunidad de Morning Star. Tía Beck besó a la abuela y luego besó al señor Renfro, al que llamó primo Ralph, así como a la señorita Beulah y a las niñas. Volvió entonces con la abuela y le volvió a dar un beso.

—¡Hay que ver qué bien está la abuelita, qué estupenda se la ve! ¡A saber cuál será su secreto!

La anciana señora se acomodó en la mecedora y se colocó con toda precisión el sombrero, un sombrero negro, de terciopelo, de edad indefinible. El vestido de batista, entre púrpura y morado, le quedaba ya varias tallas demasiado grande, y prácticamente la envolvía del todo. Se adornaba con unos pompones negros la puntera de los chapines.

—¡Ahí vienen más! —chilló Etoyle.

En medio de la polvareda que aún tapaba por completo el camino apareció una vieja camioneta que rodaba con un neumático pinchado, con la parte trasera tan llena de pasajeros que estos no podían ni agitar la mano para saludar, con bebés colgados de los brazos, como los querubines del Cielo en las ilustraciones de la Biblia familiar. El armatoste en cuestión era propiedad del tío Dolphus y la tía Birdie Beecham, de Harmony. En menos de un minuto la camioneta se fue vaciando. La muy menuda tía Birdie y sus hijas saltaron veloces, adelantándose a los demás, tocadas con toda clase de sombreros y bonetes, como si el polvo y el calor y la luz constituyeran más bien una tormenta enfurecida que se abatiera sobre las mujeres y las niñas. Todas iban cargadas.

—Si hay una cosa que de veras detesto es viajar a la intemperie —exclamó alborozada la tía Birdie—. ¡Vaya, habéis puesto chapa nueva en el tejado! ¡Caramba, Beulah Renfro! ¿Y cuánto te habrá costado?

—¡Pregúntale al señor Renfro!

—¿Y con qué pretexto? —gritó la tía Birdie abrazándola.

—¡Es que viene mi chico! ¡Mi chico viene a casa! —exclamó la señorita Beulah—. Viene para darle una sorpresa a la abuela... Lo que pasa es que nos hemos enterado.

La tía Birdie, chillando de contento, abrió los brazos y corrió a saludar a la abuela. Se la notaba desdibujada, y aun así seguía siendo el colmo de la animación, como si mucho antes se hubiera dejado engatusar en una especie de suspense perpetuo.

—¡Feliz cumpleaños, abuela! ¡Y va a venir Jack! ¿No nos compensará eso por todo? —exclamó al oído de la abuela.

—No me grites, que te oigo perfectamente —dijo la abuela.

Entonces llegaron los pequeños Beecham y le quisieron regalar a la abuela un enorme ramo de dalias, cada tallo del tamaño de una muñeca de trapo, además de una carretada de flores rojas y mullidas y melladas como las crestas de gallo, y un montón de peras de cocinar sujetas en un mantel amarrado por las cuatro esquinas. La señorita Beulah acudió en su ayuda.

El tío Dolphus, el mediano de los hermanos Beecham, avanzó con pesados pasos por el porche y arrimó su rostro curtido, renegrido casi, para besar a la abuela.

—No pasa nada, todos echaremos una mano mientras tú esperas a que llegue —le dijo.

Mientras los propios nietos del tío Dolphus se movían de un lado a otro como un enjambre de abejas, la abuela fue depositándoles uno a uno un beso en la cabeza, como si fuese una forma rápida de contarlos. En la coronilla de las niñas el cabello se abría en crenchas blanqueadas por el sol, separadas y rectas como las púas de un tenedor, sobre otras de un amarillo más oscuro que nacían por debajo. Las cabezas de los chiquillos, debidamente rapadas, eran de un blanco albino o de un gris plateado, como las cabezas de unos ancianos diminutos.

—¡Feliz cumpleaños, abuela Vaughn! —le iba diciendo cada uno de ellos cuando les tocaba.

—¡Va a venir Jack! ¡Va a venir Jack! —chillaba la señorita Beulah. Entretanto otro coche había entrado por el patio chorreando gasolina y había aparcado tras el destartalado Ford del tío Dolphus. Era otro